



El espermatozoide de un Premio Nobel: algo distinto a todo, según Robert Graham.

rus", que puede cambiar de sexo sin que intervengan endocrinólogos y cirujanos, o como la lombriz de tierra, que se regenera a partir de sus fragmentos. Todos estuvieron de acuer-

do, desde luego, en que deberíamos ser más listos. Y todos, también, se mostraron convencidos de que, cuando seamos más listos, seremos más buenos, cosa que da testimonio de

un optimismo verdaderamente digno, precisamente, del Premio Nobel de la Paz. Las ilusiones del señor Graham y de su lejano maestro Huller tienen la misma raíz.

En toda esta atractiva filosofía, sin embargo, hay una paradoja difícilmente comprensible para mí, periodista y, por ende, un ser notoriamente inferior. Todos los científicos citados y muchísimos más son sensatamente evolucionistas y están convencidos, por fortuna, de la magnificencia práctica de las leyes de la vida. No se entiende bien por qué, súbitamente, quieren enmendarlas. Eso me recuerda la respuesta que un marido clarividente y darwinista dio a su mujer cuando ésta le pidió, encarecidamente, un abrigo de visón. "Si necesitas de verdad una piel de visón, la Naturaleza te la habría dado". ■

A CABO de regresar de Tenerife, no porque me interesara competir en el concurso para "Miss Europa", sino porque me invitó el Sindicato Médico Libre a participar en un "encuentro" entre médicos y periodistas. Fue interesante y creo que merece una reseña rápida. En el número 889 de TRIUNFO hablé un poco acerca de "Periodismo y ciencia". Pero el caso de la información médica es un apartado muy especial de ese vasto temario, con características propias y serias en nuestro país y en casi todos los países del mundo.

Dos cosas, fundamentalmente, se discutieron en Tenerife: la función social, cultural y sanitaria del periodismo médico y el sensacionalismo pseudoinformativo. En cuanto a lo primero, es evidente que nuestro país, incorporado a esa tarea con tardanza e hipotecas, todavía no ha encontrado la fórmula adecuada. La información médica y sanitaria en la prensa no es una actividad autónoma que pueda aislarse del más vasto ámbito de la vida colectiva total.

Nuestra sociedad ha empezado a "culturizarse" sanitariamente hace muy pocos años y a trancas y barrancas. Ni la superstición, ni la ignorancia, ni la indolencia, ni la tendencia al populachismo creencial se desmontan fácilmente desde los plétopos urbanos. De manera que la función de la prensa, incluso en el supuesto de que

se ejerciera perfectamente, nunca sería decisiva si no se desarrollase en un marco social en el que otros resortes funcionasen bien.

En Tenerife se dijo que la prensa no sustituye a la escuela, ni tiene por qué suplantar a los Tribunales de Justicia, ni puede hacer las veces del Parlamento, ni jamás podrá ocupar el puesto de la familia como institución formativa e informativa. Por el contrario, cuando el periodismo intenta adoptar actitudes pontificales y

como un "derecho de veto y consulta" que la clase médica ejercería sobre el periodismo. No deja de ser curiosa esta actitud tan paternalista, porque implica el deseo de dominio de una profesión sobre otra. Durante siglos, la Medicina se defendió de la curiosidad ajena estableciendo en sus fronteras aduanas rígidas: un lenguaje críptico y una aureola taumatúrgica. Nadie podía penetrar en el templo más que los iniciados. Pero luego, ya en nuestro siglo, la

Luego se habló durante el "encuentro" del sensacionalismo y esa es otra cantar. En efecto, no toda la prensa española, pero si una buena parte de ella, trata de sobrevivir recurriendo a los cohetes. La Medicina es un campo ideal para pasarse de rosca, porque siempre es posible encontrar en su ejercicio parcelas rocambolescas, frankensteinianas, escatológicas, escandalosas y sentimentales. No es una exclusiva de nuestro país el amarillismo truculento y falaz, pero aquí lo notamos mucho ahora porque lo único que se vende tan ricamente como la carne es la sangre. La penuria científica española, por otra parte, lleva a muchos a la glorificación constante de la vulgaridad y, a nada que se descuide uno, aparece un Ramón y Cajal en cada esquina. Los médicos tienen razón al quejarse de ese fenómeno y los periodistas tenemos la obligación de ser sensatos. Pero, como dijo uno de los asistentes a la reunión canaria, el doctor Oso Cantero, la Medicina tiene que aprender a democratizarse, a aceptar los riesgos, a presentarse ante la opinión pública francamente, sin condiciones previas y sin apelaciones constantes a un misterio en el que ya no cree nadie. La Medicina y la sanidad no son reductos científicos y tecnológicos, son hechos sociales en los que todos nos jugamos la vida. No se nos puede quitar la palabra. ■ F. M.

periodismo y medicina

"justicieras" en el ámbito de la sanidad, incurre a menudo en el exceso arrabalero, populista y dañino. Es todo el país el que tiene que acometer la tarea de ordenar la sanidad y sólo entonces podría la prensa incorporarse útilmente a la tarea general. Entre tanto, de hecho, la información médica tiende a reducirse a tres cosas: la búsqueda del "notición", la, a veces voluntaria, publicidad de las empresas dedicadas al ramo y el sensacionalismo entontecedor.

Pero no es eso todo. Durante el "encuentro" tinerfeño, los médicos, con alguna excepción personal, se quejaron de la prensa por la rapidez y facilidad con que "pública" los hechos médicos e incluso alguno llegó a pedir algo así

profesión médica se "desacralizó" lentamente y entró en la liza mercantil y en la lucha por los prestigios personales. Entonces —ahora— los médicos descubrieron que era estupendo tener acceso a la prensa y utilizarla a su servicio. Pero resulta que esa debilidad tan humana no puede convertirse en un derecho: son los periodistas los que tienen que decidir sobre su trabajo. Ningún médico, investigador o clínico, puede pretender el privilegio de ser juez y parte, ni limitar la función de la prensa a la de las "relaciones públicas", ni exigir que el periodista silencie sus informaciones: bastante tenemos ya los periodistas con las propias empresas periodísticas. Y con el Estado.